

Publicación mensual de la Escuela Nacional de Minas

Dyna

Registrado como artículo de segunda clase en el Ministerio de Correos y Telégrafos Nro 286

Dirección: REVISTA DYNA-Apartado Nro. 47-Medellin

Directores:

JORGE RODRIGUEZ
JOAQUIN VALLEJO

Administrador

OCTAVIO ARANGO C.

1937 N° 2

EDITORIAL

La Escuela de Minas

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL INGO. JOAQUIN VALLEJO CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE LA ESCUELA DE MINAS

Señor Rector de la Escuela de Minas.

Señores:

Si no tuviera el que os habla un creciente amor a la Escuela de minas y una sólida fe en sus destinos, no osaría presentarse como vocero de vosotros mismos en esta fiesta familiar que hoy nos reúne.

Habéis respondido al llamamiento de la madre común en sus bodas de oro viiniendo muchos desde apartadas regiones, para volver a sentir las emociones de estudiantes; para estrechar en cordial abrazo al amigo y condiscípulo; para saber de los progresos de la escuela; para ofrecer en fin, el apoyo generoso a la empresa de unir con vínculos seguros a todos los profesionales de este gran instituto y luchar por la elevación del nivel del ingeniero.

Bien venidos seáis a esta ciudad que os dió hospitalidad y os considera como sus legítimos hijos.

Durante cincuenta años ha venido la Escuela formando los constructores de la República y enseñando las normas técnicas para el desarrollo de la red de ferrocarriles y carreteras, de las centrales hidroeléctricas, de las explotaciones mineras, de los acueductos y alcantarillados, de las grandes edificaciones de las obras hidráulicas, del transporte de energía,

de la organización de empresas, de la ingeniería industrial y hasta de los negocios menosafines, en apariencia, a la profesión.

Para concretarnos a Antioquia solamente, es notorio y de todos sabido, que el progreso ejemplar de nuestras vías, empresas e industrias, es efecto lógico de las enseñanzas de la Escuela. Mirad en derredor vuestro y decidnos si el Ferrocarril de Antioquia no es por sí sólo monumento de la ingeniería local; si las carreteras que lo alimentan y a él confluyen no justifican este esfuerzo de la Nación; si las empresas públicas de Medellín no son obra y consecuencia de sus alumnos; si la fecunda explotación de la riqueza minera es independiente de los cursos que se siguen en nuestras aulas; si el progreso industrial no deriva sus frutos y floreciente desarrollo de los ingenieros administradores y técnicos.

No quisiera citar nombres, porque toda enumeración deja al margen y en olvido elementos valiosos, mas es tan expresivo el sentimiento general del público para reconocer las capacidades administrativas del ingeniero, que bien se justifica traer a la memoria algunos representantes de este tipo de gerentes.

La compañía Colombiana de Tabaco fue organizada y sigue dirigida por antiguos alumnos de la Escuela, desde Juan de la Cruz Posada hasta la docena de jefes que hoy mantienen muy en alto el prestigio de la industria nacional.

Jorge Rodríguez iniciaba en la cátedra, enseñaba desde la prensa y aplicaba a la administración departamental la técnica de la estadística que más tarde sería acogida por el resto del país.

Juan José Angel, Carlos Cock y Antonio Villa forman por sí mismos escuelas propias.

Alejandro López, científico de la economía y precursor del taylorismo y fayolismo en Colombia, formó con la cátedra y el ejemplo un brillante equipo de gerentes, algunos de los cuales compiten hoy con el maestro en torno a los grandes problemas cafeteros. Mariano Ospina Pérez, Francisco Rodríguez Moya, Mariano Roldán, Adolfo Molina, Neftalí Sierra, Julián Cock, Darío Botero Isaza, José María Bernal, Francisco Ruiz, son apenas algunos nombres tomados al azar entre los discípulos del insigne profesor de economía industrial en la Escuela de Minas. Después, la organización de empresas sigue siendo distintivo de las nuevas generaciones con Antonio Restrepo Alvarez, Juan de Dios Ceballos, Alberto Jaramillo Sánchez, Jaime Arango, Marco Tulio Gómez, Eduardo Duque, Jorge Restrepo Uribe, Gabriel Hernández y otros muchos.

Al frente de cada una de las grandes empresas veréis un antiguo alumno de la Escuela de Minas y esto excusa que deje así incompleta la nómina que os venía haciendo.

Mas no creáis que el ingeniero se satisface con ser gerente de las administraciones de industrias, por importantes que ellas sean. Cuántas nuevas empresas han salido de los cursos de química industrial, por iniciativa propia y con propios riesgos! Cuántos técnicos verdaderos se han hecho impulsados por las enseñanzas de la Escuela! Si fuésemos a valorar en dinero los provechos que el País ha deducido de nuestro Instituto podríamos pagar con creces las modestas inversiones hechas para su sostenimiento.

Sin pensarlo, he dejado para el final de esta como justificación de la Escuela de Minas, el hacer referencia a uno de los resultados más importantes de la educación en ella dada, a saber: el equipo directivo, el estado mayor de administradores de la cosa pública que ha venido ofreciendo al País. Nunca se valorará por equidad lo que representa un estadista honesto y activo y este es precisamente el género de hombres formados bajo el lema: "Trabajo y rectitud". Extraordinario parecería, en verdad, que la Escuela haya logrado mantener firmemente a través de los años ese espíritu característico de honradez y laboriosidad que distingue a sus alumnos, si no se tuviera en cuenta el contagio de una alma noble y ecuánime, que hizo del deber una religión y de la rectitud un ideal. Los jóvenes también alcanzamos a conocerlo, cuando muy de mañana le veíamos dirigirse a la oficina de la Rectoría, la cabeza baja y la frente alta, porque el peso de los años no doblegó nunca su elevado pensamiento. A don José María Escovar debe más la Escuela por la educación moral que por sus inapreciables clases de matemáticas.

Sin embargo, señores, debo hacer un respetuoso reproche a nuestra madre nutricia. No todo ha de ser elogios porque no siempre se han seguido los dictados de una integral orientación. La Escuela carece de un Garavito. Y lo necesita. Es verdad que don Túlio Ospina fue un sabio y Colombia debe a él preciosas observaciones sobre nuestra geología, para no hablar de las investigaciones lingüísticas sobre los dialectos aborígenes y sus estudios sobre la semántica, o sus conocimientos sobre historia pre-colombina. Mas justo es reconocer que las ciencias exactas y físicas apenas han logrado despertar la pasión fugitiva de unos pocos que se ven obligados, con dolor, a desplazarla a planos secundarios, cuando la lucha por la vida los absorbe en otras actividades. La Escuela tiene el deber de estimular el estudio de la ciencia pura, sin que con ello quiera pedirnos una mayor intensidad en los programas respectivos. Becas en el exterior, cursos libres, institutos anexos de investigación o cualquiera otro medio debe ser acogido con el fin de proteger la ciencia.

El orden de las ideas me conduce a hacer un breve paréntesis, o mejor, a enviar un cariñoso recuerdo a los ingenieros artistas que con Otto de Greiff, Pedro Nel y Efe Gómez han sabido apreciar las armonías en su profesión o tienen el valor suficiente para aislarse de ella cuando la Belleza los llama. Y que no sea esto un suplemento literario de mi discurso. Oíd, vosotros ingenieros, que sacrificáis a la especialización las me-

Dyna

jores emociones de vuestras almas, la historia de una civilización de técnicos que han construído las más prodigiosas máquinas y han inventado los más maravillosos instrumentos para acabar con la humanidad, porque metidos dentro de su estrecho campo de trabajo no reconocieron las consecuencias sociales del mecanismo por ellos ideado. Corre por ahí un film cinematográfico que debiera espantar a los públicos, no por la fealdad del monstruo Frankenstein, sino por lo que representa, a saber: la máquina dominadora del hombre.

Y ya que he osado señalar normas al ingeniero y al instituto en favor del arte desinteresado y de la ciencia pura, séame permitido también plantearos la cuestión del futuro de la Escuela, esto es: Conviene dividir el pénum en ingeniería civil, de minas y administrativa? No es verdad que ya se justifica la creación de una Escuela de Ingeniería Industrial y de algunos Institutos de investigación científica? Es necesario el establecimiento de especializaciones optionales en acueductos, diques y hormigón, por ejemplo? Os confieso que nunca me sedujo la especialización y, en cierta forma, hace poco hube de quebrar lanzas contra ella; mas pareceme, señores, que el país pide ya expertos en ciertas obras y hasta elementales reglas de administración recomiendan la división del trabajo. Alguna vez, traté de resolver el problema haciendo la distinción entre "especializarse" y "perfeccionarse", dándole mi voto a esta última. Con ese criterio, la manera de conciliar la urgencia de expertos en ciertas obras que tiene el País, con la necesidad de que los ingenieros sean hombres de cultura general y con suficiente versabilidad de conocimientos para pasar a otro género de trabajos, cuando las circunstancias a ello lo obliguen; la manera de resolver esa cuestión—repito—es la de perfeccionar a nuestros ingenieros actuales en esas ramas, por estudios especiales en el exterior y quizás por cursos extraordinarios en la Escuela. Mas este discurso quiere ya tomar forma de conferencia y hasta de diálogo y justo es volver al cauce de nuestras ideas.

En lo dicho aparece clara la gran influencia del ingeniero en la sociedad; no solamente es el constructor del confort moderno, sino el gerente de las administraciones, el técnico de la industria y el estadista mismo. Debemos prepararnos para regir el País, y someterlo a las normas administrativas que con tanto éxito hemos dado a las organizaciones privadas. Es necesario llevar el sentido matemático a las obras públicas, a las finanzas, a los correos, a la higiene, a la educación, a la agricultura y las industrias. Los ingenieros debemos levantarnos en una como revolución pacífica para salvar al país de las improvisaciones y del empirismo. Que el abogado y el médico concurran equitativamente con nosotros con aporte de sus respectivas ciencias. Que los consejos técnicos vengan a sustituír poco a poco a los congresos políticos.

Mas, distinguidos colegas, esta labor no podrá realizarse sino acercamos todos el hombro en cooperativa de ideales, en fraternidad de profesión. Cuando todos los gremios se asocian para defender los intereses

comunes los ingenieros seguimos a la deriva y anarquizados. Si no es el ideal de llevar la técnica entre todos a la administración pública, que sea al menos el provecho gremial. Si no las consideraciones de defensa profesional, miremos al bien de la Escuela que exige y necesita nuestro apoyo.

Hoy se os ofrece un proyecto de asociación de antiguos alumnos de la Escuela de Minas, para constituir un organismo poderoso que sostenga al alma máter; que estreche los lazos de solidaridad profesional con mutuo apoyo; que sea el centro consultivo de los problemas públicos; que sirva para defender los intereses comunes y elevar el nivel del ingeniero.

Alumnos y ex-alumnos de la Escuela de Minas: séanos dado fijar este día como el punto de partida de una nueva etapa en la ingeniería colombiana.

Queridos colegas: para cumplir con una bella tradición os pido un minuto de silencio por la memoria de los ingenieros desaparecidos.

He dicho.

Medellín, 12 de octubre de 1937.

